

LA INFLACION ARGENTINA Y SU ORIGEN

Por Emilio Sánchez García

Desde hace unos 60 años empezó la inflación moderna en Argentina. La inflación como fenómeno es antiquísima y hay ejemplos históricos de inflaciones destacadas, la de España con el descubrimiento de América y la explotación de oro y plata; John Law en Francia; antiguamente los romanos que batieron records en la materia. Modernamente Alemania y luego América Latina como hechos destacados.

Pero que no sea una novedad no quiere decir que no haya sido estudiada porque en general, tiene efectos de mediano plazo negativos, y no entro en la discusión de Keynes y su opinión, porque a Keynes se le hace decir de todo sin señalar que era un gran economista que analizaba los problemas del momento, básicamente los años 20,30 y 40, pero sin formular una teoría específica de la inflación a largo plazo.

La teoría cuantitativa dio rápidas respuestas, a mayor emisión, mayor inflación, lo que llevo a muchos a confundir la fiebre con la enfermedad.

También hubo análisis de diversos tipos de inflación, por ejemplo por exceso de demanda frente a una oferta insuficiente, la inflación de costos, que apuntaba más a los costes e insumos empresarios o sea la oferta.

En América Latina, en los 60 hubo toda una generación dedicada a la inflación estructural porque el análisis los llevó a verla como una consecuencia de las relaciones de intercambio en el mundo y las actividades productivas insuficientes y desequilibradas de estos países, que les hacia tener tener sistemáticos problemas del sector externo, luego devaluar, etc.

En nuestro país el debate fue encendido, con partidarios y opositores, básicamente monetaristas de los cuales el más alto exponente fue el inefable Álvaro Alsogaray, a quien hay que reconocerle una gran consecuencia en sus ideas.

En el ámbito académico se gestó el modelo llamado del stop and go, en inglés porque suena mejor, que en definitiva era la inflación estructural examinada básicamente en Chile en CEPAL, y adaptada a nuestro país. Pero de todo este debate fue sacudido básicamente por el Rodrigazo, que fue un despertar doloroso a la realidad en la década de los 70. Hasta ese momento, y más allá del stop and go, la receta antiinflacionaria era normalmente recesiva, ajustes de planes fiscales, mayor recaudación, menores inversiones pública, etc. En suma una delicia para los monetaristas y un horror para los neos keynesianos, que por otra parte despertaron bruscamente con la crisis del petróleo.

No es mi intención merodear por la hiper de Alfonsín y Menem, ni sus planes mejores o peores. Cavallo la paró en seco con la convertibilidad, pero revelando su faceta paranoica o neurótica, no sé cual, persistió en un instrumento creyendo que era solución mágica, el número áureo, o cosas por el estilo. Así terminó la cosa en el derrumbe final del 2001/2.

Pero hoy, en esta década de bonanza ya un poco restringida, ¿por qué hay inflación? No es fácil la respuesta, y en mi caso confieso una cierta dubitación en el diagnóstico. Es verdad que la solución clásica de deprimir la demanda, es decir, restringir los ingresos de la población, o de la que se lo permite, colaboraría. También es cierto que la oferta está en una buena parte oligopolizada y ya se sabe que los precios de mercados imperfectos son más altos de los de la utópica competencia perfecta.

No está demás recordar la inflación casi genética de los empresarios argentino, grande, medianos pequeños o de kioscos y boliches, pero también no es menos cierto que la inflación de costos es una realidad y desde hace muchos años, solo que el mercado lo absorbía y estábamos todos conformes, allá por el 2004/2007, o al menos había pocos que alertaban el fenómeno.

Por supuesto se le echa la culpa al gobierno, como siempre es, y como debe ser, porque al fin y al cabo se los elige para que corrijan problemas, pero no parece que hubiera una gran vocación de reducir el gasto público, que ha ido tomando un volumen y una proporción respecto al PBI preocupante.

Para el final dejamos que el mismísimo Gobierno no parece percatarse de la escalada inflacionaria, excepto algunas medidas del Secretario de Comercio, en una tarea nada fácil, y el retraso del dólar, tema muy complejo pero que en definitiva entre otras cosas es una arma antiinflacionaria. Inflación y tipo de cambio atrasado marchan como los economista denominan *pari passu*, pero ya en una escala demasiado importante.

Da la impresión que estamos en una situación complicada, por un Gobierno que no quiere aceptar costos políticos, en una economía que empieza a enfriarse y no es malo que lo haga. La fiesta en el mundo actual terminó en todos lados, y eso suponiendo que no haya otras complicaciones derivadas de la crisis mundial.

En resumen, opino que no hay una respuesta univoca al origen de esta inflación. Es un mix de oferta y demanda, con problemas de ambos lados, e incluido el sector externo en forma creciente ahora que se advierte el gran fracaso de la política económica energética de los últimos años. Esa es mi opinión, pero lo que si quiero señalar, es que cualquiera sea el origen, no es bueno convivir con tasas que hoy moderadamente pueden del 25 % anual. Esto, dado los antecedentes argentinos, es jugar con dinamita, y en la marcha de un gobierno popular, o de cualquiera, las dificultades no se presentan a voluntad del gobernante, sino que son independientes. Tal vez, sin resignar banderas, haya que hacer un intervalo, hasta que el panorama aclare y las aguas se tranquilicen, porque sino la economía puede marchar hacia una etapa muy peligrosa. Y también es claro, que esto conlleva costos políticos. Arreglar todos los sectores afectados, o las área de política económica interna, externa, fiscal, etc., son problemas que cada uno en sí mismo no es decisivo pero todos juntos pueden serlo. Lo primero es atacar la inflación, antes incluso que el tipo de cambio, porque bruscas devaluaciones tienen efectos muy negativos en la distribución del ingreso de los más necesitados. Pero también debe revisarse el gasto público, sobre todo para ver en qué se gasta, porque se puede gastar bien y también gastar muy mal. Manteniendo un salario real razonable, es decir sin alzas disparatadas que duran 20 días, también hay que revisar la oferta, por sectores, en un

trabajo que Moreno ya empezó pero evidentemente no alcanza. Y no se trata solo de control de precios, porque son como el armamento, de rápida obsolescencia. Y aunque sea pedir demasiado, revisar los índices oficiales, que reitero lo dicho en un artículo anterior, un gobierno con consenso popular debe confiar en su pueblo y en su capacidad de comprensión, por supuesto si las cargas se reparten equitativamente, porque todavía hay fuertes desvíos en precios como el gas que solo benefician a la clase alta y media, y esto a simple título de ejemplo.

Ojala que esta década que denomino de bonanza económica y social, no epilogue mal, sin que los dirigentes adviertan el momento; pareciera que la Presidenta está tomando conciencia, y reclama a los sectores que también la tengan, pero estas apelaciones, en Argentina ya han sido formuladas y es celebre la frase del Dr. Pugliese cuando dijo “que les habló con el corazón y le contestaron con el bolsillo”. La vida económica es tan dura como la vida misma, y acá no se trata de filosofar, porque no es el tiempo, sino de actuar y a cierta velocidad, antes que existan situaciones irreversibles.